



Vista de la casa del Cordón.

BURGOS.

Genealogía de los Velascos.—Capilla del Condestable.—La casa del Cordón

Cuantas personas hayan visitado con alguna deferencia la capital de Castilla la Vieja, recordarán el mérito del sepulcro que representa el grabado que acompaña á este artículo y la suntuosidad del edificio cuya copia vá á la cabeza, agradeciéndonos sin duda las noticias que vamos á transcribir sobre los ilustres fundadores de la casa titulada del *Cordón*, y de la célebre capilla del *Condestable*.

Y no se crea que al elegir una materia tan común ya entre nosotros, pretendamos repetir añejas descripciones que, sobre hallarse destituidas de novedad, escitarían con justísima razón el público menosprecio: nuestro designio se limita únicamente á completarlas con pormenores históricos á costa de tiempo y mil afanes adquiridos, reduciendo á proporciones sinópticas el vasto cuadro de la sucesión, grandeza y poder de esos *Velascos*, famosos en los anales de la guerra; mas aun en los de la cristiana religión de su país por los monumentos que en su honra levantaron.

Armados los primeros ascendientes de esta preclara estirpe en la Iglesia de S. Lorenzo de Burgos por mano de Fernán González, obtuvo su cuarto ó quinto sucesor D. Sancho el adelantamiento mayor de Castilla, inmortalizando sus timbres en el monasterio de Santa Clara de Medina de Pomar que edificó para sepulcro propio bajo el reinado de D. Alonso el XI. Su hijo D. Pedro aparece luego como magnate de valía en la corte del rey *Cruel*, y hasta se conoce perdió mucho prestigio entre aquellos cortesanos que mas hipócritas ó incautos no quisieron buir en su compañía al reino de Aragón, prefiriendo arrostrar una vida incierta en medio de las sangrientas arbitrariedades del terrible monarca que mendigar salvación en tierra extraña. Hé aquí la razón por qué el apellido de Velasco no vuelve á figurar hasta el advenimiento de Enrique el Doliente y Juan II al trono de Don

Pedro, cerca del cual desempeña D. Juan de Velasco las honoríficas funciones de camarero mayor, acrecentando los blasones de su casa.

Desde aquella época tomó un vuelo prodijioso la fortuna de estos señores, impulsada por el heredero D. Pedro, luego que su padre falleció. Rico-hombre esforzado y capitán leal á su rey logra rodear sus sienes con las perlas del condado de Haro en mayo de 1439, siendo señor al mismo tiempo de Bribiesca, Medina de Pomar, Salas de los siete infantes de Lara, Cuenca de Campos, Santo Domingo de Silos, Soba, Ruesga, la Puebla de Arganzón, S. Sordornio, Belorado y Arnedo.

La proverbial galantería del nuevo conde cuando se trataba de festejar á sus príncipes dió mucho que decir á los cronistas de aquel tiempo.—Citaremos un rasgo que al caso se nos ofrece digno de narración particular y del conocimiento de nuestros lectores.

Estando D. Juan el II en Valladolid acordó llamar á la Princesa Doña Blanca, hija del rey D. Juan de Navarra, para casarla con el príncipe D. Enrique. Comisionaron á D. Pedro el Conde de Haro, á Íñigo Lopez de Mendoza, señor de Hita y Bultrago, y á D. Alonso de Cartagena, obispo de Burgos, quienes recibieron en Logroño á la princesa, dirigiéndose por Belorado á Bribiesca, donde D. Pedro de Velasco la agasajó con suntuosísimas funciones. Cuando faltaban solamente dos leguas para llegar á la población la comitiva, el conde aprestó cien guerreros sobre alazanes encubiertos y adornados con almetes de vistosos penachos, cincuenta á un lado con las cubiertas blancas y cincuenta al otro que las llevaban encarnadas. Apenas dieron vista á la princesa, echaron mano á las espadas y lanzas, comenzándose á batir en simulacro de torneo; mas habiendo escaramuzado

un rato, el Conde los llamó al orden y continuaron todos juntos su camino.

Al entrar en Hribiesca salieron colonias enteras con estandartes y panderas, en pos de las cuales iban los judíos con la Tora y los musulmanes con su Corán. Descendieron la princesa y la reina su madre en casa del conde de Haro, donde se les sirvió en un espléndido salón una comida abundante de todo género de aves, carnes, pescados, manjares y frutas, comiendo con la reina la condesa de Haro, y en las demás mesas todas las doncellas alternando cada cual con un Gentil-hombre ó caballero. Este banquete se repitió por espacio de cuatro días, durante los cuales mandó el conde pregonar no se vendiese cosa alguna á ninguno que concudiese á la villa, fuera castellano ó extranjero, sino que acudieran todos á su palacio por cuanto necesitaran para comer regularmente. En una sala baja se construyó de orden del conde una fuente de plata que en el transcurso de cuatro días mandó vino esquisito para el pueblo.

El día último llevó el conde por la tarde á las reales personas á un ejido que tenia detrás de su palacio, con ánimo de terminar pomposamente sus mandados obsequios.—Sobre un trono cubierto de un dosel de damasco carmesí, al cual conducían veinte gradas de césped, hizo sentar á las princesas, y en cojines inferiores tambien de césped y tapicería á toda la grandeza. Desde estos asientos se gozaba perfectamente del espectáculo inventado por la magnificencia de D. Pedro. A un extremo de la pradera habia hecho cercar una buena parte, y allí justaban veinte caballeros armados de punta en blanco: al otro un estanque manso y cristalino dejaba ver las corpulentas truchas, é infinidad de diversos peces que retozaban en su seno: en frente un bosque artificial y acotado servia de redil á javalles, osos y venados, perseguidos por cincuenta monteros que despues de presentar sus piezas á la señora de la fiesta, se las sirvieron en cena dentro del mismo parque, juntamente con la pesca. Aquella noche dió el conde á cada músico de los que habian tocado en las danzas dos lagunas de moneda: á la princesa un rico joyel, y á sus damas anillos cuajados de diamantes, rubíes, vá-lajes y esmeraldas: regaló asimismo á los caballeros arrogantes mulas, brocados y sedas diferentes, por manera, que no se puede reducir á guarismo el caudal que D. Pedro de Velasco gastó en el recibimiento de la Princesa, la cual prosiguió su viaje para Burgos contenta y agradecida. [1].

Avanzaba ya el siglo XV presentando por doquiera elementos con que exaltar á los héroes, apoyo y nuevo aliento á las ciencias, impulso á las artes y conquistas á la religion cristiana. Los príncipes, prelados y magnates que con la cruz roja en el pecho penetraron hasta las murallas de Jerusalem, no hicieron más que aprender en el Asia la cultura y civilización de que carecian sus compatriotas. No se cuidaron de estudiar los palacios de los fastuosos Emires, ni la vasta arquitectura dedicada á las adoraciones de Albá; y así fué que hasta la toma de Constantinopla por los turcos, Roma no podia ofrecer adelantos artísticos á la avidez general y se contentaba con mostrarse antigua y religiosa. Mas no bien llegan á sus inmediaciones los ilustres proscritos lanzados de las orillas del Mármara, les convida con su recinto hospitalario y no tardaron en verse por el occidente de Europa monumentos y liceos semejantes á los de Bizancio y Atenas.

Los templos que desde la conquista de Sevilla se habian erigido en nuestro suelo, reflejaban bien á las ideas la imitación de la señora del mundo, el atraso de las artes en España, y la continua agitacion que dominaba á sus reyes.

Burgos, ciudad esencialmente religiosa, tenia á medio concluir una basilica á la falda de su alcázar, teatro de caballerescos episodios, y de acontecimientos memorables. Propóniase remediar aquel defecto los obispos D. Alonso de Cartagena y D. Luis Osorio de Acuña su sucesor, y acudiendo á la inteligencia y va-

lentia de los arquitectos germanicos, coronou á la mitad y fines de aquel siglo con gigantescos capuchones de red aquel sagrado monumento.

Finalizaba el reinado de Enrique IV, cuando el segundo conde de Haro D. Pedro Fernandez de Velasco, que habia demostrado su valor en la batalla de Olmedo, obtuvo en marzo de 1478 la preceminente dignidad de Condestable y Justicia mayor de Castilla, despues que habia sido capitán general y Virrey por cinco veces. Su matrimonio con Doña Mencía reemontó notablemente su nobleza, pues era hija del inmortal poeta y filósofo D. Lúigo Lopez de Mendoza, á quien D. Juan el II hizo conde del Real de Manzanares y primer marqués de Santillana, y de su muger Doña Catalina Suarez de Figueroa, que contaba entre sus progenitores á D. Lorenzo, gran Maestre de Santiago en tiempo de D. Enrique III. De los tres hermanos que tuvo la condesa de Haro, D. Diego, el heredero de los estados de su padre, consiguió ser duque del Infantado mediante los servicios que prestó á los Reyes Católicos, quienes al conferirle el título le dirigieron estas palabras: *habeis conocimiento que vos sois el principal grande caballero de nuestros reinos, que conservan nuestro Estado, é sostieneis nuestra corona.* El hijo segundo del marqués de Santillana, llamado como este Don Lúigo, fué conde de Tendilla y embajador de Enrique IV en Roma; y por último D. Lorenzo, que era su hermano menor, alcanzó del mismo rey el condado de Coruña.

Las inmensas riquezas que se dejan suponer entre consortes tan opulentos cada uno de por sí, inspiraron á la virtuosa Doña Mencía el noble deseo de cooperar como los obispos Cartagena y Acuña á la hermosura de la catedral de Burgos, con alguna obra suntuosa. Efectivamente, mientras que su esposo se hallaba lidiando en el asedio de Granada en el año de 1482, comenzó á ampliar, con auvencia del Deán y cabildo, la pequeña capilla de S. Pedro situada trás del altar mayor á la cabeza de la iglesia. Empero, si bien es cierto que la localidad fue sóbriamente aprovechada segun la disposición del terreno permitia, en los cuatro años que durante los trabajos de fábrica, no hicieron otra cosa que disponer, digámoslo así, aquel musso, donde bien pronto se habian de admirar tan inestimables bellezas.

No satisfecha la referida señora con haber preparado á su familia tan soberbio enterramiento, quiso legarla además el palacio y la quinta deliciosas que hoy conocemos con los nombres de *casas del Cordón* y *de la Vega*. La primera mereca el preferente lugar entre los edificios que de su siglo subsisten en Burgos. Su fachada corre de oriente á poniente, sirviéndola de contrafuertes angulares dos torres cuadradas, cuyos remates apenas conservan tal ó cual fragmento sin carácter ni combinacion. En el centro descuella la imagen de S. Andrés Apóstol, á cuyos lados corren bellisimas crestas, y gárgolas muy grotescas. Por cima de la puerta principal se ven los escudos de Castilla y Leon, dominando á las de Velasco, Mendozas y Figueras. A lo largo de las dovelas se registra la siguiente inscripcion gótica:

Esta casa mandaron hacer D. Pedro Hernandez de Velasco y su muger Doña Mencía de Mendoza condes de Haro.

Dos cordones franciscanos enlazados al medio circunscriben esta magnífica portada, cuyo ingreso conduce á un patio rodeado de dos galerías muy espaciosas, excepto en el ala del norte que tiene tres. Así los antepechos de la segunda galería como los escudos, arcos y columnas que arrebatan la admiracion del observador, denotan el arte gótico ornamentado con las formas del renacimiento al tiempo de su invasión en la península. Muchos y capaces salones permiten juzgar, aun al través de su aspecto dorado, el bulto y tren de sus señores primitivos, pues osténtanse como avergonzados de la luz diversos nichos para estál es de decoro, y cornisones elegantes de madera poco comun. No hemos atravesado muchas veces los tránsitos oscuros de esta inspiradora mansion, sin que la repentina muerte de Felipe el Hermoso allí acaecida, no haya venido á exaltar nuestras ideas á la manera que paseando por los frondosos

[1] Perez de Guzman—Cron. de D. Juan II.

desfiladeros de la Vega es inevitable el recuerdo de Doña Juana la loca, establecida en aquella quinta á instancias de la condesa de Haro, para distraerla de su melancólica viudez.

Seis años habían transcurrido desde que en el altar erigido á espensas de Doña Mencía se celebró por primera vez el sacrificio de la misa. En la torre más orgullosa de la Alhambra campeaba la cruz de Cristo, y los gefes del ejército vencedor regresaban á sus casas solariegas cargados de riquezas y laureles. Pero estaba escrito que en el año mismo de aquel triunfo, uno de sus principales campeones, el conde de Haro, había de bajar al lecho mortuario prevenido de ante-

mano por su esposa en la capilla de que nos ocupamos. Devoto especial de S. Francisco de Asís (con cuyos cordones se vé señalado el frontispicio principal de su casa como queda dicho) prefirió el toco suave al bruído acero que debiera haber cubierto su cadáver, á cuyo lado descendió el de su muger Doña Mencía en el último año de aquel siglo.

Estimulado D. Bernardino Fernandez de Velasco por las virtudes eminentes de sus padres, fué el primero que destinó una crecida suma para contribuir á la ostentacion de la capilla que aquellos le habían transmitido. Lejos de atenuarse en él la grandera de sus mayores, tomó incremento mediante la corona



Estátuas yacentes de los Condes de Velasco.

ducal que el rey católico le cedió, apreciando el ardor con que sostuvo su empresa en la vega de Granada. Habiendo perdido la noble señora con quien desde su tierna juventud se hallaba enlazado, contrajo segundo vínculo con Doña Juana de Aragon, hija del esposo de Isabel la Católica, y de Doña Aldonza Iborre y Alaman, natural de Cataluña.

Breves fueron los días que el cielo permitió al esforzado duque vivir en la indescribible opulencia de su casa. Sin embargo, la reina con que mandó cerrar la entrada de su capilla en el año de 1523 atestigua su espíritu emprendedor y liberal, á la vez que justifican su dentado las historias coetáneas, en que se le considera como virey y capitán general del reino de Castilla.

Por una ley en aquel tiempo sancionada, Doña Juliana Angela de Velasco y Aragon, hija única de Don Bernardino, tomó título de duquesa de Frias, entrando empero en posesion de todos los demas estados su tío D. Íñigo de Velasco, que estaba casado con Doña Maria de Toyar por los años de 1521. El adorno que hoy vemos profusamente repartido en la capilla que vamos examinando, se trabajó en su mayor parte á costa del sucesor de D. Bernardino. Los veros azules y blancos alternando con jaqueles de oro; la cruz de Jerusalem y las armas de Mendozas y Figueras tomaron proporciones abultadas en la piedra, y mas reducido tamaño entre los sutilísimos flocos de que se guarnecieron las ardisvoltas de los arcos.

Muere D. Íñigo, encargando á su heredero D. Pedro (casado á la sazón con su prima la duquesa doña Juliana) procure dar término á las obras comenzadas en su capilla, y continúe favoreciéndola con copiosas donaciones; y tanto interés manifestó en ello, que no solamente realizó la voluntad de su padre, sino

que llevando mas adelante su entusiasmo, hizo venir artistas amaestrados en las escuelas de Rafael y Miguel-Angel, que acabaron de enriquecer aquel hermoso recinto con los altares de la Purificacion y San Pedro, y con los admirables bultos de los primeros fundadores devastados en mármol de Carrara.

Aunque el retrato de este insigne patrono, colocado cerca del altar mayor no le diese prontamente á conocer como insigne dotador de la capilla, le revelarían sin mucha tardanza á los curiosos la medalla de mármol que tiene esculpida una *madona*, y la inimitable figura en que quiso Leonardo de Vinci perpetuar la de su jóven amiga Lisa del Grioconde (1) bajo el tipo de Santa María Magdalena, regaladas ambas con una breve cláusula de donacion, escrita para memoria del otorgante.

RAFAEL MONJE.

(Concluirá.)

LA VISITA NOCTURNA.

En la aldea de Azpeitia de Guipúzcoa, vivía un hombre feliz, querido de todo el pueblo, el señor Gur-recoa, antiguo carpintero que habia hecho gran fortuna en Chile: amante de la buena comida, del buen vino, y de chimenea caliente en el invierno, hubiese sido perfecta su dicha sino le hubiera dotado el cielo con una muger descontentadiza y gruñona, para enseñarle que una felicidad completa es imposible en el mundo.

(1) Ved aqui por qué motivo, á lo que pensamos, no se halla espuesta esa codiciada pintura á la veneracion de los fieles.

En las largas horas de una noche oscura y fría del mes de noviembre, estaba sentado Andrés Gurrecoa en sillón ancho forrado de cuero: la leña chisporroteante brillaba en la chimenea, cuyo ángulo derecho ocupaba él con los pies: su gato negro rascaba en sus pantorrillas sus orejas: un vaso enorme, hacia poco lleno de chocolate, pero que ya no contenía más que una coquecilla de azúcar, estaba á su lado en un velador. La mujer de este ciudadano había ido á visitar á su comadre de enfrente, y él sin dudar para llenar el vacío que su ausencia le dejaba, se había hecho servir una cena copiosa que se preparaba á dixerit en tanta y envidiable paz.

Un golpe violento dado en la puerta, le hizo salir del letargo en que estaba ya sumergido. Su primer pensamiento fué que su mujer volvía inesperadamente y de propósito para interrumpir el estado de beatitud, que lejos de ella gozaba; pero la tranquilidad de su gato, cuyo instinto le advertía siempre de tan temible aproximación, le convenció de su error: preguntábase á sí mismo quien podría incomodar á aquella hora á un habitante respetable de Azpeitia, cuando retolblaron los golpes.

—¿Quién está ahí? gritó acercándose á la puerta con sus seguros pasos.

—Abra V. pronto, gritó una voz desde afuera.

—Abra V. pronto, está bien dicho: pero ¿a quien es preciso que sepa yo quien quiere entrar á estas horas en mi casa: podría V. ser un ladrón. Mi vecino Bentelengoa....

—¡Maldito sea Bentelengoa!... Déjeme V. entrar, camba....

—Que le deje á V. entrar, eh? y para qué le he de dejar entrar á V. señor mío? me parece que á donde está V. no se halla mal.

—¿Quiere V. abrirme, sí ó no? respondió el extranjero levantando la voz con aire de autoridad.

—No.

—¿Es contestación definitiva?

—Sí.

—Vamos á verlo.

Al hablar de esta manera, se puso el extranjero á llamar con tanta aspereza y con tales golpes con su bastón, que Andrés Gurrecoa, temiendo las consecuencias de este escándalo, creyó preferible entrar en composición. Empezó á mirar por el ojo de la llave á ver si distinguía la ficha de aquel hombre: pero la oscuridad de la noche le impedía ver nada. Entreabrió entonces la puerta y dejó entrar á su obstinada visita, que se dirigió al punto hacia la sala, se sentó sin etiqueta en el sillón de Gurrecoa, y le dijo con tono de confianza.

—¿Qué tal vá, maestro Andrés? Mala noche hacer, ¿no es verdad?

—¡Andrés! ¿y quién le ha dicho á V. mi nombre? respondió el ciudadano levantando muy picada la vista.

—Difícil sería estar cuatro días en Azpeitia sin oír hablar del rico Gurrecoa, dijo el extranjero inclinando cortemente la cabeza.

—Verdad es, dijo el otro con mejor tono y mas dulzura. Pero dígame V. amigo mío, lo que lo trae á mi casa, y antes de hablar, si dejase V. ese sillón para tomar esta silla....

Y al mismo tiempo le empujaba una silla vieja con remates de caoba.

No, no, gracias! dijo el extranjero, estoy aqui perfectamente.

—¡Por la Virgen y todos los santos! devuélvame V. mi sillón, dijo Andrés, pegando una patada en el suelo.

—No haré tal á lá mia, respondió tranquilamente el extranjero.

—Es V. un hombre original, dijo Gurrecoa, tomando la silla vacante y riendo á pesar suyo de la imperturbable calma de su interlocutor.

Este nuevo personaje tenía ojos verdosos y penetrantes y una boca inmensa; su pecho ancho y levantado denotaba una fuerza corporal poco común: sus piernas parecían un paréntesis: sus grandes orejas muy coloradas salían paralelas por ambos lados, co-

mo las ruedas de un barco de vapor. Nada de particular tenía su vestido, llevaba pantalones negros, un sombrero de ala ancha y botas rotas. Cuando Andrés Gurrecoa hubo examinado de pies á cabeza al desconocido, le preguntó de nuevo qué le traía á su casa.

—Poca cosa, respondió este: vengo á que me dé V. de cenar.

—En este caso vá V. á llevarse chasco, amigo mío.

—No lo creo.

—¿No lo cree V.? lléveme el diablo si encuentra V. en mi casa esta noche un bocado con que entretener los dientes; mis criados han salido y está vacío mi aparador.

—¡Bah! bah! maestro Andrés, le pido á V. de cenar y le digo que cenaré.

—Pero si le repito que nada tengo que darle....

—Vámos, Gurrecoa! ¿qué me cuenta V.?

—¿Y quién le ha dicho á V. que es mentira?

¡Oh! replicó el extranjero, inclinandose como la primera vez, nadie vive tres días en Azpeitia sin oír hablar de Andrés Gurrecoa y de lo bien que se trata.

—Va me lo ha dicho V. amigo mío: pero, créame, yo no soy hombre á quien se seduce con lisonjas.

El bueno del ex-carpintero mentía al hablar así: las lisonjas no dejaban de tener efecto sobre él, y su vanidad no pudo resistir largo tiempo á los finos cumplimientos del desconocido que tuvo pronto delante de sí uno copiosa cena. Andrés que le contemplaba abrió unos ojos enormes, pues nunca había encontrado gloton de aquel calibre: era un liburón, un avestruz, un poeta hambriento. Cuando todo lo que trajo Andrés hubo desaparecido, el desconocido llamó á su vaso por vijésima vez cuando menos y le volvió á la salud de nuestro ciudadano, reclinándose despues en su sillón con el aire satisfecho de un hombre que acaba de cumplir un deber sagrado.

—¿Qué tiene V. Andrés? dijo á su huésped ¿á qué se semeja tanto?

—¿Tengo el semblante atónito? respondió Nicolás. Pero no importa, dígame V. qué vá á hacer de ese hueso de jamón que tiene en la mano?

—¿Qué voy á hacer? bueno está: tragármelo....

—Tragarlo! por el amor de Dios, ¿qué clase de estómago es el de V.?

—Ah! ah! ¿qué vale este huesecillo de jamón? Huíbalo un tiempo, Andrés, en que andaba V. por Azpeitia sin dinero y sin hogar: no hubiese V. despreciado entonces un hueso como este.

Pocos grandes hombres gustan de que se les recuerde su pasado abatimiento, y Andrés Gurrecoa era mas que otro alguno, sensible en este punto. Lanzó al desconocido una mirada furiosa y le dijo: «Témbiera V. recordar que soy un ciudadano de Azpeitia y que no puedo tolerar atrevimiento semejante. Si no pueda V. contener su lengua, haria mejor en abandonar mi casa.

Ah! eh! exclamó el extranjero riéndose á carcajadas: ya se ha montado V. en cólera! cálmese V., cálmese V. si le importa mi estimación.

—Su estimación de V.! Es V. en verdad el ente mas desvergonzado que he visto, dijo el ex-carpintero mas irritado cada vez con la original conducta de su huésped.

—Fuera insolencias, Andrés, ó le corto á V. las narices.

Y antes que Andrés hubiese tenido tiempo de responder á este nuevo insulto, tragóse el desconocido el hueso de jamón. El pobre Gurrecoa, petrificado, no pudo decir mas que esto: «A fé mia nunca vi... es posible? Ah, santo Dios! qué bacado!» y permaneció inmóvil considerando al hombre inexplicable que entrete tenía.

Como nada había ya comestible en la mesa, figuróse con bastante probabilidad que el extranjero se decidiera al fin á partir; iba á echarle una indirecta sobre ello, cuando aquel tomó la palabra.

—El hueso de jamón ha aliviado algo mi necesidad, maestro Andrés, dijo con un tono muy serio, pero ¿dónde está la cena?

—Si acaba V. de devorarla como un buitres!

—¡Qué! á eso llama V. una cena. Andrés: vamos. V. se burla. Cierto estoy de que tiene V. aun reservadas una porción de cosas excelentes.

—Palabra de honor, mi aparcador está ya vacío: no tengo nada, absolutamente nada; que nia lleven los diablos si lo que le digo á V. no es verdad.

—En ese caso vaya V. pronto á buscarme algo: no faltan tiendas de comestibles en Azpetia, y tengo una hambre devoradora. Ea, tome V. su sombrero y marche sin tardanza.

—Pero si ya á estas horas están cerradas todas las tiendas dijo el pobre Andrés, nada querrán darme ni por caridad ni por dinero: y luego oiga V. como cae la lluvia azulando los cristales.

—Verdad es, el tiempo no está muy sereno; pero qué importa? no puede V. querer que me muera de debilidad. Vamos, salga V. maestro Andrés: lo que me sorprende es que vacile V. un instante....

¡Aborrecido sea yo, si me meneo! dijo Gurrecoa cansado de tanta porfía.

El desconocido respondió con una carcajada que tenía visos de satánica á la protesta de Andrés.

—Escúcheme V. le dijo; el reloj vá á dar las once: si le encuentro á V. aquí cuando suene la primer campanada, le degüello. Y al hablar de esta manera, cogió un cuchillo que estaba en la mesa y se puso á afilarlo en la suela de sus botas.

—Pero ¿por qué no vá V. mismo? murmuró el pobre viejo.

—Quiere V. chancearse, Andrés, al hacer proposición semejante á flor tan delicada como yo. Luego añadió con voz de trueno. «Vamos, marchad, pronto, fuera, vá á dar la hora.... Levantóse al mismo tiempo y se puso á blandir el cuchillo con terrible ademán.

—Deléngase V., deténgase V.... estoy perdido, gritó Andrés Gurrecoa, que agarró como pudo su sombra y se lanzó fuera de la casa.

—Hacia como he dicho antes un temporal horroso; la lluvia caía á mares, el aire estaba helado, y á los dos pasos no se veía gota. El pobre Gurrecoa con la cabeza medio desarreglada por la escena que acababa de tener lugar, se puso á correr por la calle sin saber á dónde iba. A alguna distancia de la casa se paró para cobrar aliento, pero oyó ó creyó oír la voz del desconocido que se acercaba, y volvió á correr con todas sus fuerzas, al fin, alcanzó la calle en que vivía su amigo Pedro Bentelengoa, y viendo luz en su alcoba, acercóse á la casa y llamó. Algunos minutos despues abrióse una ventana, una cabeza con gorro de dormir apareció un instante, retiróse en seguida, y la voz de Bentelengoa murmuró temerosamente. «¿Quién es?»

—Soy yo, es Andrés Gurrecoa: no me reconoce V. amigo mío?

—V., Andrés Gurrecoa!... imposible!... Andrés Gurrecoa es un hombre respetable que no andaría así llamando á las puertas á media noche.

—Dígole á V. que soy Andrés Gurrecoa.... amigo escúcheme V.

—¿Es V. en efecto Andrés Gurrecoa? replicó Bentelengoa que había reconocido la voz de su amigo.—Esto sí que es raro: ¿qué me quiere V. Andrés?

—Vengo á cenar, respondió el ex-carpintero.

—Cenar á estas horas! ¿no ha cenado V. todavía? Ha entrado un quidam en mi casa que ha tragado cuanto tenía, hasta el hueso de un jamon. Por Dios; ábrame V. Ab! héte aquí, se acerca, le oye V.!

—¿Y quién, quien pues? preguntó impaciente Bentelengoa.

—El cuchillo... No, el hueso del jamon, quiero decir, el que se ha tragado el hueso del jamon.

—Ab! Andrés, eso no está bueno, replicó Bentelengoa, V. ha bebido, amigo mío, vuelva V. á su casa.... yo le llevaría, pero hueve mucho y tengo un fuerte catarro que me impide salir. Cómo se ha compuesto V. á quien yo orea tan juicioso.... y su mujer de V. ¿qué pensará? En fin, el mal está hecho.

Y con esto Bentelengoa cerró la ventana y se metió en la cama.

El pobre Andrés se alejó tristemente; llamó á otra

puerta y no fué mas dichoso que la vez primera. Acordóse por último que una vieja soltera amiga de su mugar, y llamada Sinfrosa Craspo, vivía cerca de allí. Dirigióse hácia la casa y llamó muchas veces. Iba á retirarse, cuando oyó una voz colérica que preguntaba la causa de tanto ruido. Pronunció su nombre y pidió un asilo; pero figurándose la vieja que Satanás había inspirado deseos culpables al pobre Andrés para seducirla, le espetó un largo sermón para probarle la villanía de su conducta.

—Hombre! hombre! señor Andrés, gritaba, y qué dirá su honrada muger de V.... Un hombre de su edad!... Nunca me lo hubiera figurado de V.... Aprovecharse del mal tiempo para tratar de seducir á una doncella indefensa! Qué horror!

—Caigan sobre ti las siete plagas de Egipto, vieja loca! murmuró entre dientes el pobre Gurrecoa que perdió la esperanza de hallar abrigo. La horrorosa perspectiva de pasar la noche espuesto al frio y á la lluvia le inspiró una resolución desesperada; la de volver á su casa y vendar cara su vida si de nuevo estuviere amenazada. Se dirigió pues hácia su puerta, penetró dentro de la sala y vió á su enemigo que duraba profundamente en un sillón. Aprovechándose de esta circunstancia, cogió Andrés las pinzas de la chimenea, á iba á descargar un golpe en la cabeza de su enemigo, cuando este se despertó, dió un grito que hubiera podido oirse á dos leguas de distancia, y evitó el golpe. Andrés dejó caer las pinzas y se puso á correr cuanto podía, perseguido por el diablo, pues él era quien se había introducido en su casa bajo el esterior de un hambre. Recorrió el pueblo en todos sentidos, huyendo como un loco para librarse de su perseguidor: tan pronto se metía en un monton de todo, tan pronto tropezaba contra el poste de un reverbero sin que nada pudiese detener su carrera. Al volver la esquina de la plaza fué á dar con la cabeza en el pecho de un infeliz, la única persona que hasta entonces había visto: era un buen amigo que volvía á su casa con capote y espejuelos en las narices: envolvió á rodar diez pasos en la corriente, y no se paró para levantarlo, pues su enemigo le seguía de cerca gritando: «Bravo, Andrés, bien se corre: ¿quién hubiese creído que un ciudadano de Azpetia tan poltron como V. había de ser tan ligero?»

Atravesaron así la ciudad de un extremo á otro, despues aldeas, y al fin llegaron á la pared de un



cementerio situado á legua y media de Azpetia. Hacía muchos años que pasaba este lugar por de mal agüero: decíase que los duendes y fantasmas le risitaban, y nadie despues de ponerse el sol se atrevia á

pasar por sus inmediaciones. Al llegar á este sitio maldito que hacían mas lúgubre el triste monótono vaiven de los cipreses y la pálida claridad de la luna que salía lentamente de entre las nubes, el pobre Andrés sintió un temblor convulsivo de pies á cabeza, pues conocía bien el fatal cementerio. Trató muchas veces de alejarse, pero en vano: una fuerza superior le llevaba á aquella pared. Viendo que se negaba á pasar adelante, lanzóse su perseguidor sobre su espalda, montóse encima, abrazó en garganta, y le obligó á hacer un esfuerzo desesperado, por medio del cual se halló de un brinco extraordinario en el caballo de la cerca que rodeaba al cementerio. Una fantasma envuelta en blanco sudario apareció por la parte exterior y aumentó el terror de Andrés que se arrojó al otro lado.

Apenas entró en el cementerio, hallóse libre de su perseguidor que desapareció como por encanto; pero le faltaban otras pruebas que sufrir. Vióse de repente cercado de objetos fantásticos y asquerosos, los sepulcros se movían, pasaban espectros á su lado, horrosos esqueletos le lanzaban espantosas miradas, por todos lados los duendes mezclados con brujas de barba blanca formaban bailes grotescos acercándose cada vez mas. Los dientes del pobre Andrés se entrecizaron convulsivamente, un sudor frío inundó su frente, sus miembros temblaron de espanto. En aquel instante, vió en un rincón solitario á un sepulturero que cavaba una tumba. La vista de un hombre, de un semejante, dió temple á su valor y tuvo fuerzas para acercarse: pero ¡oh dolor! que fué de su esperanza al reconocer al desconocido! Este arrojó su azada, y dando un paso hacia el desventurado, le gritó con voz de trueno: «bien venido seas, Andrés!» Sonó al punto la campana de la iglesia derruida y millares de voces sobrenaturales repitieron estas palabras: «bien venido seas» y una legión de demonios tan materiales como un correjidor de Guipúzcoa se precipitaron hacia Andrés para arrojárselo en la zanja.

Aunque debilitado con tantas y tan diferentes emociones, Andrés no era hombre de dejarse enterrar vivo, sin decir esta boca es mía: un buen ciudadano al pié de una pared es un animal peligroso, defendiéndose con energía, pero ¡ay! qué puede un hombre contra millones de espíritus? Poco á poco le fueron abandonando sus fuerzas y un golpe terrible que le pegó el desconocido le hizo caer de cabeza en la zanja. Hundióse, dando vueltas con suma rapidez: millares de relámpagos pasaron ante sus ojos, millares de campanas sonaron en sus oídos, ahullidos de perros, silbidos de serpientes, gritos de buhos, saludos diabólicos, le persiguieron largo tiempo: aturdido, casi loco, gritó con todas sus fuerzas: socorro! socorro! ladrones! fuego! y se despertó.

Hallóse tendido en el suelo, su gato yacía á su lado medio despachurrado y maullando melancólicamente.

«¡Eh!!! que sueño tan espantoso!»

FELIX ESPINOLA.



FENOMENOS PSICOLÓGICOS.

NOVELA.

VII.

Donde esta historia principia á justificar su título.

Habían pasado seis meses.—Seis meses!—Para cuantas grandes cosas es suficiente este espacio de tiempo! El basta para hundir un trono y establecer otro nuevo sobre sus ruinas; el basta para trocar en miseria la prosperidad de un pueblo; el basta para convertir en el pobre corazón humano, obra la mas imperfecta de la mano de Dios, el amor en indiferencia, la indiferencia en desvío, el desvío en odio! Ay! Si que por estas rápidas gradaciones pasamos en los sentimientos de un estreño al otro; y algun dia nos sorprendemos tanto de haber amado á una persona, como antes nos habia sorprendido la idea de llegar á aborrecerla. Primero solo vejamos las cualidades; ahora solo vemos los defectos! Lo cual prueba que los ojos son un cristal óptico muy falso, que obedece dócilmente á los impulsos del alma; y que no representan nunca los objetos tales como en sí son, sino como deseáramos que fueran.

El lector es harto perspicaz para no comprender adonde vamos á parar con esta disertacion un tanto cuanto metafísica.—Sí; queríamos decirle que en seis meses habian sufrido notables modificaciones los sentimientos de todos y de cada uno de nuestros personajes.

Ricardo por ejemplo, Ricardo no amaba ya á Julia. Al contrario, sucedíale lo que hemos apuntado arriba; que se maravillaba de haber podido amarla.—Cuando al cabo de dos horas volvió en sí, y se encontró solo, abandonado, estendido sobre la húmeda arena del jardín, su primer pensamiento fué el de darse la muerte. La desesperacion y la vergüenza le inducían juntamente á este criminal designio; pero en medio de la horrible oscuridad de su espíritu, un rayo de luz vino á iluminarle.—Pensó en Sofía, en Sofía, tan jóven, tan pura, tan cándida, tan linda, y preguntóse á sí mismo como habia podido preferir á aquella muger altiva, orgullosa, insensible, que para defender su virtud se habia armado del escepticismo y de la indiferencia.—En un momento se verificó una revolución súbita en el alma fogosa del poeta; no diríamos que odió á Julia, pero la despreció; tampoco que amó á Sofía, mas quiso vivir para obtener su perdón.—Levántese pues, animado de esta dulce esperanza; y huyó de la casa donde habia sido tan feliz, y donde dejaba su mas bella ilusion.

Comprendió Ricardo desde luego que necesitaba aguardar. Aguardar! Tremenda palabra que á las veces resume una serie infinita de dolores y de torturas! Aguardar es la duda con toda su agonia; es la incertidumbre con toda su impaciencia. Precisamente para las organizaciones fogosas, impresionables, vivas, que no proceden con arreglo al cálculo, sino al impulso, es incomparable suplicio el de aguardar.—Ricardo posee una de esas organizaciones, y sin embargo, aguardó, y por consecuencia padeció como ninguno.

Su único consuelo era ir de noche á mirar la ventana del cuarto de Sofía, tílamente iluminada por una lámpara de pórfido; ver su sombra ligera transparentarse en las blancas cortinas de muselina; oír su grata voz dando alguna orden á los criados, ó los melancólicos acordes del arpa que pulsaban los finos dedos de la niña. Entonces gozaba y sufría igualmente; porque acordábase de que él habia desdeñado una dicha que ya juzgaba inmensa é inapreciable.

Otras veces hacia Guzman un ramillete de clavetes de pensamientos, y de magnolias, y mientras Sofía triste y reflexiva descansaba en un blando sillón de terciopelo, arrojábasele á su gabinete, y huía á esconderse para que cuando la jóven se acostase á la ventana no viese ya al que la mandaba aquel mis-

teriosa presente. Sofía lo guardaba; pero tenía lejos estaba de suponer que procedía de Ricardo!

Pasó el verano, vino el invierno, y ya no tuvo Guzman siquiera el placer de contemplar á la que amaba. Entonces se situaba á la puerta del palacio de la Condesa, para ver salir á las dos hermanas cuando iban á los bailes, á los conciertos, á los teatros. Sofía, á la que casi siempre daba el brazo el Duque, dirigía una mirada curiosa á aquel hombre que se colocaba en el punto mas oscuro, y se envolvía perfectamente en una gran capa; mientras Julia adivinando quien era á pesar de sus precauciones, asomaba la cabeza por la ventanilla del coche para contemplarle tíeramente.

Una noche, aprovechando la distraccion de los que la acompañaban, arrojó su ramillete á los pies del poeta; este no se bajó para cogerle, porque nada habia visto, nada habia sentido, fijos sus ojos y su corazón en Sofía, que platicaba con Enrique.—En una palabra, la Condesa hacia con Ricardo lo que este hacia con su hermana. Ah! ¿por qué estaba escrito que los tres habian de alejarse cada vez mas unos de otros cuando mas intentaban acercarse?

Llegó entonces un sordo rumor á los oídos de Guzman: Sofía, decian, iba á casarse con el Duque de San Alberto; y cosa extraña! esta noticia que debia afligir profundamente á aquel, le llenó de júbilo y de esperanza.

—Quiere casarse por desesperacion; dijo. Me ama todavía! Y luego ¿como habia de amar al Duque después de haberme amado á mí?

Con arreglo á este absurdo raciocinio, resolvió tener á toda costa una conferencia con Sofía, y creyó que en ella encontraría el término de sus padecimientos.—Dirijóse, pues, á uno de los criados de la Condesa, con quien habia conservado relaciones; le pidió que le introdujera una noche en el jardín de la casa; y gracias á unas cuantas monedas, el fiel servidor ofreció abrirle la puerta siempre que Ricardo quisiese. Mas hizo todavía, lleno de gratitud por la generosidad de su corruptor, fué á contárselo todo á Julia. Sintió esta latir por primera vez su corazón con una vehemencia extraordinaria; y recordando también á su leal doméstico, le ordenó que llevase á Guzman á su presencia la noche designada.

VIII.

Que recuerda dos veces cierta canción popular y antigua.

Acababan de dar las doce: Guzman colocado en frente del palacio de la Condesa, habia visto salir á todas las personas á quienes tres horas antes habia visto entrar. No le quedaba así la menor duda de que las dos hermanas estaban solas.—El último que salió fué el Duque de San Alberto; y sin embargo de su ciega confianza, el poeta no pudo menos de dirigirle una mirada celosa.—En seguida, dió corriendo la vuelta á la casa, y fué á llamar suavemente á la puertecilla del jardín, que no tardó en abrirse.—José, el criado de Julia, tomó de la mano á Ricardo, é imponiéndole silencio, le condujo al través de las vermas calles del jardín, á un kiosko que aparecía á lo lejos escasamente iluminado.

Pero al poner la planta en él, Guzman lanzó un grito de asombro y de disgusto; donde creía encontrar á Sofía, solo halló á la Condesa, mas hermosa que nunca, pero vestida y apesadumada con singular afección, como si se tratara de representar una comedia. Llevaba una bata de batista, ricamente bordada al realce, y que al abrirse dejaba ver un lujoso vestido de raso azul debajo. Entró los magníficos bucles de su cabello rizaban, con otras tantas estrellas, algunos brillantes de inestimable precio, combinados con menudas y perfumadas flores. En fin, en la mano tenia un ramillete, cuyo aroma aspiraba con una especie de frenesí. Hasta su postura era estudiada; casi tendida sobre un diván de raso blanco, reclinaba la cabeza en los almohadones con graciosa coquetaría, haciendo contrastar el ébano de sus ojos con la blancura mate de la seda.

Fingió Julia que no veía entrar á Ricardo, para que este pudiese admirarla un momento; y levantándose después como sorprendida, fué ligeramente hacia él, y le tendió la mano sonriendo.

—Gracias, amigo mío, le dijo, gracias por haber venido! Deseaba tanto verte á V. para pedirle una y mil veces perdón!

—Perdon! De qué, señora? repuso Guzman con una frialdad que dejó absorta á la Condesa.

—De mi dureza, añadió sin embargo aquella con efusion; de mi ingratitude, de mi desvío. Ay Ricardo! No supe lo que hice! Apenas me alejé de V.; apenas habia maltratado cruelmente su corazón, sentí el golpe de rechazo en el mio. Tuve vergüenza de mí misma; me indigné de mi perversidad, y me reconvine por mi inclemencia! Si V. hubiera vuelto al día siguiente, si V. me hubiese hablado otra vez, habríamos concluido por entendernos. Pero hoy V. da un despreciándome quizás, y solo ha venido cuando yo le he llamado.

—V. me ha llamado, señora? exclamó el poeta.

—¿Pues que significaban sino aquellas flores, aquel ramillete que le arrojé á V. poco há?

—Flores! dijo Ricardo atónito. No las he visto.

Sintió Julia helársele la sangre en las venas; porque destruido el fundamento de sus ilusiones, debian desvanecerse naturalmente estas. No obstante, haciendo un esfuerzo terrible, añadió sonriéndose:

—¿Qué importa eso, si ha venido V.? ¿Qué importa sino existe ya nuestro alejamiento? ¿Qué importa, en fin, si siempre nos amamos?

Profirió la Condesa estas últimas palabras con voz trémula, y tan bajo, que llegaron como un rumor leve á los oídos de Guzman. Estremeciése este sin embargo.

—Sí, sí, aun podemos ser felices! prosiguió diciendo Julia con exaltacion febril, y estrechando una mano del poeta entre las suyas. Tú eres generoso y me perdonarás; yo no he amado nunca, y solo te amaré á tí! pero habla; añadió aterrada del silencio de Ricardo; habla, repara por Dios que padezco mucho!

Desasíó el jóven su mano de las de Julia; miróla algunos instantes con una alegría siniestra, y luego dijo en tono frio y solemne:

—Señora, ya es tarde! Los sentimientos como los años pasan para no volver jamás!

Y haciéndola un saludo respetuoso, salió gravemente de la estancia.

Así vengaba Ricardo en Julia la ofensa que él habia hecho á Sofía antes.

Cuando se halló otra vez el poeta, en el jardín oyó á lo lejos una armonía misteriosa que turbaba vagamente el silencio de la noche.—Era como el sonido del arpa edílica, herida por el viento; era como el cántico de la sirena en el fondo de los serenos mares.—Corrió Guzman hacia el punto de donde partian aquella música y aquella voz, laténdole el corazón con violencia, y fué á detenerse por fin delante de la misma habitacion del piso bajo, donde él, herido y enfermo, habia pasado las horas mas felices de su vida.

La noche, aunque del mes de Diciembre, estaba templada y apacible; la luna en mitad de los cielos, lanzaba su pura luz al mundo; y reverberaban en torno suyo ese millon de estrellas que tachaban el azulado firmamento.—Así, estaba entreabierta la reja de la antigua estancia de Ricardo, y esto pudo ver á Sofía, sentada en el propio sillón en que él habia pasado su convalecencia, acompañándose con el arpa un melancólico romance escrito por el poeta, y puesto en música por un maestro célebre.

Haciendo un grande esfuerzo sobre si mismo, escuchó hasta el fin aquellas palabras que le parecían mágicas por los labios de donde salian; después, en cuanto la voz y la música cesaron, corrió Guzman como un loco al aposento, y se dejó caer fuera de sí á los pies de Sofía, quien se levantó sorprendida y asustada.

—No huya V. de mí exclamó impetuosamente Ricardo; no huya V. de mí! Esa dulce voz, ese tierno canto me llamaban... Pues bien, yo he venido, Sofía! Aquí me tiene V... Aquí estoy!

Hablando de este modo, quiso asirse una mano, que ella retiró.

—Sí, sí, añadió Ricardo, castígneme V. cuanto quiera, todo lo merezco! Pero espíada la culpa—y ya lo está bastante—prométame V. su perdón!

—Mi perdón? dijo la niña fríamente. Hace tiempo que se lo concedí á V!

Hizo Guzman un movimiento para arrojarle de nuevo á los pies de Sofia; pero ella le detuvo con un ademán imperioso, añadiendo:

—Siempre perdona una á aquellos á quienes olvida!

—¿Y me ha olvidado V.? exclamó Ricardo con un acento indefinible de desesperacion.

Vació un instante Sofia; y luego respondió con voz firme y segura:

—Sí!

Fué tan violenta la emoci6n del jóven al oír esta cruel palabra, que poco le faltó para caer desplomado en tierra. Tuvo la niña lástima de él, y le dijo con dulzura:

—Valor, amigo mio, valor!..

Levantó Ricardo dolorosamente la cabeza; una lágrima de amargura brillaba en sus hermosos ojos; una sonrisa horrible y siniestra entreabria sus pálidos labios.

—Entonces, dijo con un resto de esperanza, entonces? por qué vino V. á este aposento donde yo he vivido? por qué cantó V. ese romance que yo he compuesto?

Cosa singular! Sofia cuya alma angélica se retrataba en su placido rostro, halló en aquel instante una satisfacci6n diabólica en la venganza.

—Ha venido, repuso, porque no recordaba que hubiese V. estado aqui; y canté ese romance como hubiera cantado otra pieza cualquiera.

Conoció Ricardo que estaba perdido para siempre en el alma de aquella muger; pero como el naufrago que se ahoga, quiso asirse á la última tabla de salvacion.

—Sofia, prorumpió fuera de sí; Sofia, no me rechaces por Dios! Mira que si me niegas tu amor, solo me queda la muerte!—Perdóname, perdóname, y todavía podemos ser venturosos! Ay! Existe siempre en los corazones que han amado un fuego rec6ndito que no se estingue nunca; un eco que responde con vibraciones misteriosas á la voz que le llama! Sofia, reanima ese fuego, despierta ese eco.. ámate, ámate á mí, y verás tornar aquellos dias hermosos en que tan felices fuimos los dos!

Calló Ricardo, aguardando, como un reo su sentencia, las palabras que iba á proferir Sofia.

—Ya es tarde! dijo aquella en un tono que no dejaba lugar á la réplica.—Ya es tarde! repitió.—Dentro de ocho dias me debo casar con el Duque de San Alberto.

Esto era casi lo mismo que Guzman habia contestado á Julia media hora antes.

Así vengaba Sofia su ofensa, y la ofensa de su hermana.

Exaló Ricardo una especie de rugido terrible, y huyó frenético de la estancia, corriendo háci la puerta del jardín, con la que acertó casualmente. Allí le aguardaba José, cantando entre dientes una cauci6n popular y antigua, cuyo estribillo dice:

Quando quisie, no quisiste,
y ahora qué quieres, no quiero.

IX.

CONCLUSION.

Al otro dia los periódicos todos de Madrid hablaban largamente, aunque sin sorpresa, del suicidio del poeta Ricardo de Guzman, dando acerca de él estensos pormenores.—El infeliz habia vuelto á su casa á la una de la mañana, en un estado horrible de desorden y agitacion; media hora despues sonó en su alcoba el pistoletazo con que puso fin á su existencia. Cuando acudieron los criados, halláronle cadáver. No

había carta ni juicio alguno que explicara aquella catástrofe.—Jóven, rico, lleno de porvenir—qué podia haberle imputado á tan funesta determinacion?—Esto es lo que todos se preguntaban, y á lo que nadie respondia. No obstante los tontos, que siempre hallan respuestas y esplicaciones á mano, lo atribuian á la estravagancia de su carácter, á un rapto de locura, ó á una pasion vehemente y desconocida.

Una semana despues se casó Sofia con el Duque de San Alberto; pero digámoslo en honor suyo, no sin derramar abundantes lágrimas por la desgraciada suerte de aquel hombre, á quien habia amado tanto, y del que mas tarde fué tan amada. El Duque, al cual no ocultó su última entrevista con Guzman, logró consolarla con este razonamiento cruel:

—¿Por qué no te amó cuando tú le amabas?

En cuanto á Julia, apenas hubo asistido inmóvil y pálida como un fantasma al matrimonio de su hermana, se retiró completamente de la sociedad; vendió sus carruajes, sus caballos, sus joyas; y fué á encerrarse en un convento de Asturias, á llorar al mismo á quien habia despreciado antes.

¿Son tan raros que increíbles parezcan estos ejemplos de amor y de desencanto en el mundo? ¿No ofrece el estudio del corazon humano otros muchos análogos ó semejantes?—Mas ¿cómo se esplican semejantes alternativas de afecto y de indiferencia, de pasion y desvío?—Ay!.. Que no tienen explicacion ni nombre; son la expresion viva y permanente de la inconstancia de esta misera naturaleza, que hoy ama lo que ayer aborrecia; que hoy odia lo que ayer idolatraba.

Ya es tarde!.. Hé aqui la fórmula inexorable de ese cambio de pasiones y de sentimientos. *Ya es tarde!* Palabra terrible que como la cuchilla la cabeza, divide tambien el corazon del hombre!

En esta época de análisis y de investigacion, en que queremos hallar el secreto de todas las cosas, en que pugnamos por descubrir el origen de todos los misterios, se ha buscado una calificacion sonora á esas veleidades inexplicables. *Fen6menos psicológicos* se llama ahora lo que nunca ha tenido nombre; lo que en b6lde han tratado de definir y de comprender los filósofos y los escritores.

TEX

RAMON DE NAVARRETE.

¡Es un Ángel! Tal es el título del drama del Señor Suarez Brabo estrenada á beneficio de la Sra. Palma; esta produccion aunque está basada en un argumento demasiado sencillo y un tanto aventurado y peligroso, ha obtenido buen éxito, y ciertamente con justicia, pues tiene bellezas superiores á las que debian esperarse de un principiante, quien revela felices disposiciones para el teatro, si en vez de engreírse estudia y medita concienzudamente sus producciones. Como dijimos en nuestro número anterior, la comedia *Frutas y Mosqueteros* fué mejor recibida que lo merecía, pues ciertamente no era digna de los honores de una traduccion. Variadas continua arrastrando una vida raquítica, que nos sabemos si acabará por extinguirse completamente, y el Museo ha resultado por la centésima vez para cobijar á una compañía de ópera formada de priesa. ¿Estará reservado el mismo porvenir á esta empresa que á los que la han precedido en este local? mucho lo temeremos. De todos modos nos parece, podrá contar en esta temporada con los espectadores que se dan por satisfechos de las novedades del Circo de Paul y los que escapan de las plagas que han floxido sobre la escena de la Cruz, invadida por chubascos de lienzo y fieras de diversas especies.

Diccionario filosófico del amor y las mugeres por D. T. Guerrero. Se vende á 4 rs. en la libreria Moñer.